

Las mismas barreras de siempre

MARÍA REGO | VITORIA

EL CORREO recorre, junto a dos discapacitados físicos de Eginaren Eginez, **los puntos más inaccesibles de la capital alavesa**

Las entradas con escalones se presentan como el principal obstáculo

BARRERAS EN VITORIA

- Los discapacitados físicos se encuentran con un pronunciado escalón en la entrada del museo de los Faroles, Euskaltzaindia o el Palacio de Villa Suso.
- Las personas con movilidad reducida tienen que entrar por una puerta trasera al edificio consistorial o a la Escuela Oficial de Idiomas.
- No hay baños adaptados en numerosos establecimientos hosteleros nuevos o reformados de Vitoria.
- Los miembros de este colectivo pueden moverse sólo por algunas plantas de la UNED o la Escuela de Artes y Oficios, entre otros.

Al mapa de Vitoria que tiene Silvia Apodaca en casa le faltan varios pedazos. Su amigo Iñaki de la Loma tampoco lo tiene completo. Y no son los únicos. Estos dos treintañeros forman parte de Eginaren Eginez, la asociación de discapacitados físicos de Álava, y representan a un colectivo que, a diario, se ve obligado a borrar calles y edificios de sus planos por resultarles inaccesibles. EL CORREO les ha acompañado en un paseo por la ciudad para descubrir los puntos de su lista negra.

Las barreras arquitectónicas pasan «inadvertidas» a ojos de quien posee sus facultades físicas en perfecto estado pero basta «con tener una lesión temporal, como un esguince, o llevar un carro de niño» para toparse con mil obstáculos, advierte Elena Ávalos, trabajadora social de la agrupación. «Y eso que la orografía de Vitoria nos ayuda bastante», añade De la Loma, que se mueve en silla de ruedas como consecuencia de una anomalía congénita, la espina bífida. La comodidad que caracteriza a la ciudad desaparece en los accesos a múltiples inmuebles y un simple recado puede convertirse en una odisea. «Primero tiene que verte la persona que está en la puerta, poner la plataforma, si tiene, y que funcione, y luego otra vez lo mismo. Pero hay sitios donde incluso tienen que bajar a atendernos a la calle», lamenta Apodaca junto a la escalinata que da acceso a Euskaltzaindia, en General Álava. Justo en la acera de enfrente se levanta un edificio de oficinas donde «curiosamente» se repite el mismo problema pese a que entre sus 'inquilinos' se encuentra «el área de personas con discapacidad del Instituto Foral de Bienestar Social».

Las instituciones públicas son, a juicio de Eginaren Eginez, «las primeras que deberían cambiar el 'chip'». Apodaca, apoyada en sus muletas, confirma que intenta acceder a algunos edificios oficiales les hace sentirse «ciudadanos de segunda». «En el Ayuntamiento, en la Escuela Oficial de Idiomas o en Correos, en Postas, tenemos que entrar por la parte trasera porque por delante, por donde entra todo el mundo, no están adaptados», argumenta. Otros rincones como el museo de los Faroles, el palacio de Villa Suso o la balconada de San Miguel quedan descartados al primer intento por culpa de los escalones.

Auditorio

Sin embargo, hay ocasiones en que resulta inevitable tener que enfrentarse a estos obstáculos. Acudir al ambulatorio en barrios como el Casco Viejo significa tener que «empujar una puerta muy pesada» y disfrutar de una sesión de cine conlleva «casi una tortícolis porque nos reservan los asientos de las esquinas de la primera fila», explican los afectados que ven «la accesibilidad» como una mejora para toda la sociedad. «Los gastos vienen cuando hay que hacer los cambios con la obra ya hecha», señalan en referencia, por ejemplo, al futuro auditorio donde «ya han añadido dos ascensores no previstos en el diseño».

Los establecimientos hosteleros tampoco se libran de las críticas de Eginaren Eginez, sobre todo, si se analizan sus aseos. «Muchos bares nuevos o reformados no tienen baños para discapacitados, y en otros dejan el espacio suficiente y luego te plantan un armario. ¿No se supone que alguien revisa la obra para comprobar que cumple la ley?», se queja Ávalos. «Al final, estos detalles te hacen perder autonomía porque tienes que pedir ayuda para todo», resume Apodaca.